

Las delaciones

Último poema de Jorge Gaitán Durán

El siguiente fue el último poema escrito en Bogotá, antes de su viaje a París, por Jorge Gaitán Durán, el escritor colombiano trágicamente fallecido en la Isla de Guadalupe. El poema "Las Delaciones" fue entregado por Gaitán Durán para la *Revista de la Universidad de los Andes*.

META: LA DELACIÓN DE TODA COHERENCIA SOBREHUMANA.

El padre levantó la mano hacia las estrellas y señaló a la única cubierta de signos, recordada todavía en los campos, anuncio de las sanguinarias excursiones que permite el verano, cuando el hombre de las ciudades desanuda sus feroces aprensiones. Funesta desde hace millones de años y escudriñada de galaxia en galaxia, hasta imponerle a los habitantes de astros remotísimos una deidad imaginaria y excesiva.

*Una rosa encarnada
arde en un patio de piedras blancas.
Los soles entran como abejas
en la enojada sombra de la casa.
Astro muerto la espada en el polvo
narra la guerra de los mil días.
¡Oh! primera derrota.
Un hombre abre los ojos.
Como un dios en ese fasto derribado.*

Viva en los pelajes de ámbar de los rebaños estaba la imagen maravillosa y pura de las nieves eternas. La apostura del héroe sublevaba a los renuentes hampones obsedidos por el infinito. (Iba sobre un caballo que parecía una nube blanca.) El chalán era el signo de sus santidades múltiples y contradictorias, sobre un fondo de cuatrería en donde hallaban inmortalidad. ¡Oh! tierra entre todas, abierta a las furtivas cabalgatas bajo la luna, sin más gloria que la violación, las armas y los robos siderales.

*Jinetes con guantes negros.
Sheriff omnipresencia
ojo en la palma de la mano.
Víbora número uno de los dioses.
Víbora enroscada en el zapato tibio
junto a la iglesia de tierra caliente.
El hombre ha atravesado el incendio
sin otra infancia que Cristo.*

¡Fama de tus antiguas aflicciones, ontología infame! ¿Qué perpetua fuga ante el vengador te llevaba de poblado en poblado, a través de páramos desiertos y bajo pájaros de mal agüero? Grande fue tu pasión maculada, desde el alba de la castración, cuando el mugido envolvía los vastos rebaños. Tu infancia es el esplendor del chalán, la veneración del cuatrero, mitología de tu muerte. Tú naciste en la madrugada de la frontera, de cuya niebla surge hasta hoy el edificio desteñido e inalcanzable del matadero.

*Delación de tu oficio de hombre.
Tema de tus terrores.
Ahora que envejeces como un bruto
borracho en el foro
ahora que te revuelcas entre excrementos
y comes tierra y restos
vestido de harapos
¿te crees todavía un Dios?*

Te llamaban el más bello, el más alto, el más puro. El Invisible. Solo las ropas negras llenaban tu espacio de hombre. Te bastaba desnudarte para perder tu sitio entre los hombres. Quedaba tu mano impresa en el cielo.

Los iniciados seguían minuciosamente, hora a hora, durante años las técnicas místicas. La contemplación era en el instante más intenso del mediodía, cuando la reverberación se abatía sobre miles y miles de soles internos que nada explicaban. Todos los ángeles habían desaparecido. También los santos, los padres de la Iglesia, los patriarcas. Quedaba una vasta y flageladora claridad. La ciudad en medio de ese súbito Dios. El sueño estaba proscrito.

Su natural perversidad le impedía aceptar a ese Dios único y justiciero. Definitivamente se sublevaba contra Cristo; pero al entrar a la ciudad aterrada por la cuarentena, sólo Cristo salió a recibirlo, con talante de juez, de rey, de Dios del Antiguo Testamento. Terrible fue ese encuentro con su rechazo del Eterno.

PRIMERAS CONCLUSIONES: Suplantación de Dios por la palabra, indagación del Verbo por medio del crimen. En otra patria, y bajo otro firmamento, estudiaremos debidamente los fastos de la carroña.

SEGUNDAS CONCLUSIONES

*Grandes nobles ilustres virtudes
prostitutas de la ciudad de Dios
nocheras del verano intenso.
¡Cuán más alabado tu delito!
¡Oh! delator de la inocencia
niño de teta de los mitos.*

No intentéis nunca las grandes palabras. Entremos por la puerta furtiva al reino de lo finito, pasión sospechosa, y reneguemos de voces que apenas sugieren un cuidado de eternidad. Apliquémonos a tus límites, ¡oh! cuerpo, hasta el poder imaginario del chalán de mirada feroz que ronda por la comarca, en busca de sexo o sangre y sin desprecio de la muerte.

La mitología les daba gloria carnal a los dioses. Los amantes adúlteros, envueltos en transparente espuma ante los inmortales de ojo rápido, no sospechaban que tal era su vulnerable perennidad. Pegados para siempre, trabajados por los grandes calores y otras servidumbres, soportan aún en la entraña a las aves rapaces, espléndidas de iniquidad. En sus gusaneras medran el alto estío y todos los fermentos de la corrupción. Todavía es tiempo de soberbia.

Discurso y farsa del delator

La posibilidad de una astrología: he aquí nuestra tarea presente. Obreros de un cielo enemigo, nuestra delación es un vano esfuerzo hacia lo inteligible. Entre el paraíso y el infierno somos el acto que los dioses no han querido. Si hay una coherencia sobrehumana nada impide probar esa indigencia del ser que pretendemos cubrir con el fasto imaginario. Que haya un Dios no es nuestro asunto. Nadie tiene por qué intentar un deber imposible. Un falaz amor es propio de lo eterno y a la criatura queda la vil muerte de Cristo.

Rígidamente en estos y en otros lugares comunes, interpretemos arteramente las estrellas. Para nuestro placer, descubramos los dioses que el cristiano merezca. Allí estarán, torpes y serios, despreciados por todos, presidiendo los actos del gobierno, los ritos de la Iglesia, las ceremonias de las casas de tolerancia. Ante su mirada vacía se inclinarán los dignatarios de cultos diversos, restos de una pasión insatisfecha y negada en el palacio de justicia a la vista de los asombrados circunstantes. Descubramos también los fueros del delincuente y la gloria del condenado a perpetuidad. Si debemos necesariamente escoger entre el hampa metafísica de las religiones y el hampa mítica de las ciudades, sin vacilar prefiramos al asesino de manos delicadas que mata sin hacer sufrir a su víctima. ¿Qué otro oficiante rechaza con tanto desprecio el matrimonio de conveniencia con el firmamento?

Abyectos son los jueces, a nuestro parecer; pero a nadie pretendemos imponer una opinión partidaria. Que cada cual indique sus virtudes: el caso no será fallado tan pronto, ni el juicio decidido en la horca. Otras apelaciones vendrán, en el momento oportuno, para que el procedimiento se prolongue, hasta que nadie sepa quién es el demandante y quién el demandado. ¿No habéis dicho siempre que la justicia es eterna? No es éste el instante de rectificar los conceptos establecidos, ni de poner en duda la vigencia de las costumbres. Por nuestra parte, no es esa nuestra jurisdicción, ni nos sentimos obligados por dioses que no hemos levantado hasta el cielo. Nuestra obediencia es otra y tan diferente de la vuestra como un amor de otro amor. Ninguna pasión humana es discutible.

[Tomado de *El Espectador* (Bogotá)]